

taron heroicamente, cubriéndose de gloria como acostumbraban, y haciéndose dignos de llevar aquel real blason que habian ganado de seis coronas de oro. El ruido y la vocería eran tan grandes, que no se podian entender unos á otros, ni tampoco verse entre el polvo y la densa niebla de la pólvora; pero amontonándose los cristianos, los moros no tenían necesidad de echarse las escopetas á la cara, ni de apuntar á sus contrarios, sino de disparar sobre el confuso remolino que formaban. No obstante mostraban los nuestros tanta obstinacion, que hubieran entrado en el pueblo, si no se lo impidieran unos fuertes traveses que habian hecho los moros para esta defensa; pero durante su porfia recibieron mucho daño, sin poder dar un paso adelante. En esta demanda quedaron cuatro capitanes muertos y tres gravemente heridos de arcabuzazos; salieron heridos también algunos alféreces; de los soldados murieron mas de ochenta, quedando gravemente heridos unos ciento y cincuenta. Causaba mucho dolor ver herido igualmente de un arcabuzazo al maestro de campo don Pedro de Padilla.

Viendo el señor don Juan que andando la batalla tan revuelta y sangrienta entre los nuestros y los moros, tenía la ocasion oportuna en las manos, no quiso soltarla del cope, antes mandó al punto que se pusiese fuego á la mina que estaba á la parte de la popa, segun antes se habia acordado. La mina hizo su efecto, aunque no tanto como se esperaba, por haber salido algo ladeada del punto principal: sin embargo causó notable daño, porque con el movimiento que hizo al tiempo de volar, derribó gran parte de la peña tajada con la muralla y las casas que estaban construidas sobre ella; de manera que formó un escarpe por donde se podía acometer mejor que antes, quedando todavía agria y difícil la subida, por lo que los de adentro podian con facilidad defender el acceso, como lo hicieron.

Al ver nuestros soldados que habia reventado la mina, y creyendo que el efecto fuera mayor del que habia sido, como desde fuera parecia, codiciosos de verse envueltos con los enemigos, ó por mejor decir, de coger la presa que esperaban, y esto es lo mas cierto, porque se decia que habia en el pueblo muchos esclavos y mucho dinero, joyas y ropa, sin aguardar orden de nadie, ni esperar, como fuera justo, que se hiciera el reconocimiento de la batería, y se diese la señal del asalto, portándose como gente bisona, licenciosa y mal disciplinada, y gritando *Santiago, tierra España*, principiaron á subir por la cuesta arriba furiosa y desconcertadamente. Los alféreces, advirtiendo el desorden de los soldados, y que no habian sido parte para detenerlos la eficaz persuasion y grande resistencia de los capitanes, resolvieron hacer lo mismo arrojándose también con ellos para darles fuerza y calor, pues en aquella disposicion de la gente se tuvo este acuerdo por acertado: lo propio hicieron luego los capitanes con algunos otros soldados particulares y la gente suelta que con deseo de pelear y de señalarse se habian metido entre ellos. Con el impetu que llevaban llegaron las banderas hasta arrimarse al rebelin del castillejo.

Los moros, que amedrentados del movimiento de la mina y del daño que habia hecho al reventar, volando por el aire mas de veinte dellos que estaban de guardia, distribuidos por la parte que alcanzó de la muralla, se habian retirado á lo interior de la poblacion, y los demás que estaban no muy lejos de aquel peligro, oyendo tocar al arma por algunos de los suyos, y que de varios puntos distantes daban voces los centinelas, avisando que se les entraban los cristianos, acudieron todos de golpe á la batería, siguiéndoles también algunas mujeres y muchachos; y viendo que los nuestros estaban ya tan inmediatos como hemos dicho, dando un grande alarido como tenían de costumbre, y que le ponian en el cielo, acometieron con ánimo desesperado á los cristianos, disparando sus arcabuces, aunque no podian ser muchos por la escasez de mu-

nicones que siempre tuvieron, y arrojando piedras hasta venir á estar pié con pié y herirse con las espadas furiosamente. Deteniéndose los nuestros por la resistencia y defensa brava que les hacian los moros, pelearon con tanto esfuerzo y ceguedad que era cosa de espanto; pero no pudieron marchar adelante, ni ganar un paso mas de la poblacion. Las banderas que con algunos soldados habian llegado al rebelin, y que á causa de haberle hallado alto y fuerte, y por la mucha resistencia que se les hacia por los de adentro se habian parado y acumulado sin poder ir adelante, principiaron á remolinarse; lo cual, visto por un alférez, á quien pareció flojedad estar allí desta suerte, llamando á algunos amigos y camaradas suyos, procuró subir sobre el rebelin á despecho de cuantos le defendian. Tres veces lo intentó, y otras tantas fué rechazado y derrumbado abajo: porfiando en su intento, y queriendo subir la cuarta vez, le cogieron la bandera, y pugnaron por arrancársela de las manos; pero el valeroso alférez la defendió heroicamente á cuchilladas; y aunque quedó muy mal herido y lastimado, principalmente por haber caido de lo alto del rebelin abajo, quedó ufano de haber podido conservar su bandera.

En este tiempo no holgaban los muchachos ni las mujeres, antes bien con suma diligencia andaban allegando piedras junto á los que peleaban, y de las mujeres dos se señalaron entre las demás por su valentia y presencia de ánimo, peleando admirablemente. La una iba capitaneando y animando á todos por la batería, descubriéndose con desnudo y poniéndose al alcance de los arcabuzazos y cargas de artillería que partian de nuestras trincheras y plataformas; la otra, peleando con una espada en la mano, acometió á un soldado que muy confiado en su valor subia al rebelin, y le hirió cruelisimamente; pero no contenta con esto, le agarró con grande esfuerzo y derribó á sus piés, y en un punto le degolló y quitó un coselete y morrion que llevaba, sin que nadie se lo pudiese defender. Esta brava mora se llamaba la Zarzamodonia; era corpulenta, recia de miembros y alcanzaba grandísima fuerza; se averiguó que en este dia mató ella sola por su mano á diez y ocho soldados, no de los peores del campo.

Andaba la batalla tan cruel y obstinada por ambas partes, que en el espacio de tres horas no se echaba de ver se hubiese alojado el coraje de los unos ni de los otros; pero los moros llevaban la ventaja, porque morian muchos cristianos, bien que dellos no pudiera ser menos la mortandad, á causa de las descargas de la artillería y de los arcabuzazos que de todas partes llovian sobre el pueblo. Ya á este tiempo, habiéndose retirado de su batería el tercio de Nápoles, y llegando á ella nuevos moros de refresco en ayuda y socorro de los que todavía peleaban furiosamente, llenos de brio y coraje por haber defendido aquella parte tan bien, y hecho retroceder á los soldados nuestros que tanto los apretaban, se hacia la empresa mucho mas difícil, creciendo la resistencia, y subsistiendo la misma dificultad, de que, por estar tan alto el rebelin del castillo, no era posible subir por él ningun viviente para ganar la poblacion, al mismo tiempo que tampoco podía hacerse la entrada por otra parte. Por eso principió á notarse en los nuestros alguna flojedad; y reconocida por su Alteza, mandó al instante que las cuatro compañías de batalla acometiesen vigorosamente, como lo hicieron con grande impetu y pujanza; pero estas banderas nuevas, llegando al sitio en donde las demás hicieron represa, y comenzando los soldados á detenerse un poco, fué necesario enviar dos de las otras siete compañías que habian quedado de retaguardia, para que acometiesen juntamente con las otras, sin que produjesen mayor efecto, porque hicieron la misma demostracion y represa que las pasadas. Ya habia cerca de cuatro horas que duraba la pelea, y nuestros soldados obraban con desigualdad, cuando los enemigos se mantenian con tanto brio, que era claro resultaria de la obstinacion

una ruina muy grande y poco fruto; pues parecia que la fortuna, para ser de todo punto favorable á los cercados, permitió que en aquel momento se cayese un pedazo grande de la muralla con las casas que estaban pegadas á ella, enterrando vivos á mas de treinta soldados; y no solamente hizo este daño, sino que los pedazos que se desmoronaron, juntándose con el rebelin del castillo por donde habia la única esperanza de poder subir y entrar en la poblacion, se hizo el paso mucho mas difícil, y quedó aquel punto casi inespugnable. Por esta razon el señor don Juan mandó tocar la retirada, y los soldados entraron en el real, dejando muertos tres capitanes, y todos los demás quedando heridos de pedrada ó de arcabuzazo, por cuyas resultas murieron después otros dos. El maestro de campo don Lope de Figueroa salió mal herido de un arcabuzazo que le diéron al principio del asalto, y el otro maestro de campo Antonio Moreno salió también mal herido de las pedradas que los moros le tiraron. Todos hicieron su deber como buenos y valerosos soldados en esta sangrienta jornada; pero murieron unos ciento y cincuenta infantes, y quedaron heridos mas de cuatrocientos, añadiendo á este número todos los alféreces y sarjentos de las banderas.

Entendióse que los moros recibirian también notable daño, y no pudo ser menos, aunque de pronto no se pudo apurar; pero se supo después por algunos que salieron del fuerte y se vinieron al campo del señor don Juan, que la mortandad de los moros habia sido grande.

Al retirar los cadáveres de los cristianos muertos, se halló que habia muchos heridos por las espaldas, dejándose entender que murieron de los arcabuzazos de los nuestros, poco diestros en aquel ejercicio, y no pudo ser menos; porque además de la confusion grande que hubo durante el asalto, y la corta distancia que mediaba entre la batería de los enemigos y nuestros soldados que peleaban al pié della, no se podia disparar con tanto acierto, que por dar en los unos no se diese algunas veces en los otros; y habia tanta mayor razon para presumirlo, cuanto que la mayor parte de nuestra gente era bisona y poco práctica en el manejo de las armas.

Visto por su Alteza el ruin suceso que habian tenido los asaltos pasados, la poca muestra que daban de rendirse los enemigos, que la poblacion se mantenía no menos fuerte que al principio, y que se conseguia muy corto efecto de la artillería para pensar que perseverando en batir con ella al fuerte podria abrirse camino para ganarle, aunque fuese de mucha importancia para el caso arrasar las casas, derribar los reparos y los traveses que della se formaban, porque la disposicion del terreno favorecia todavía mucho á los cercados; pensó que de preferencia á todo se continuase usando la máquina de las minas, como mas provechosa y de mayor sustancia que los demás medios. Así pues ordenó, que por la misma banda de la popa, á unos treinta pasos mas á la mano derecha, y cuarenta ó cincuenta á la izquierda de la primera mina, se abriesen de nuevo otras dos, entrando con ellas tan adelante que pudiesen volar el rebelin y castillo. Al punto se pusieron por obra las dos minas con mucho calor, fundando en el efecto deste instrumento la esperanza del éxito de toda la jornada. En el capitulo siguiente declaramos cuál fué, y ahora sobre el pasado insertaremos el siguiente romance:

El hijo del mas famoso
Monarca que se ha hallado,
Sobre el fuerte de Galera
Gran campo habia juntado.
Doce mil infantes tiene,
Con ellos mil de á caballo;
Recluso llevó en tres tercios
Todo el campo señalado.
De don Pedro de Padilla
Es el uno muy nombrado:
Don Lope de Figueroa
Lleva otro tercio estimado.
Y el otro Antonio Moreno,
Soldado viejo afamado.
A Galera reconoce
Don Juan, el hijo de Carlos:

De fuertes bravas trincheras
Todo el fuerte ha rodeado
Con todas las plataformas
Que es al caso necesario.
Treinta y seis cañones planta
Que baten de cada lado,
Y después de ser batido
Se le dió muy crudo asalto.
Mas los moros le resisten
Con valor aventajado,
Do muchos cristianos mueren
Con furor hechos pedazos.
Porque el valor de los moros
Es grande, aunque están minados.
Dos asaltos se les dá;
Mas todos fueron en vano,

T. III.

Porque el sitio es duro y fuerte
Y con valor defendido.
Capitanes quedan muertos,
Los alférez destrozados,
Y con ellos juntamente
Muertos mas de mil soldados.
El valeroso don Juan,
Visto desto el mal recado,

Manda abrir otras dos minas
Porque quedase aislado.
El fuerte de aqueste modo,
Que otro mejor no han hallado.
Los moros en este medio
En su consejo han entrado,
Sobre que es lo que harian
En un caso tan pesado.

CAPITULO XXI.

Los moros de Galera viéndose tan aquejados entran en consejo sobre lo que tienen de hacer: sobre el acuerdo se revuelven los naturales con los forasteros; fin que tuvo esto. Continúa el duro sitio, y se dice lo que mas pasó en Galera.

En el capitulo pasado queda dicho que el señor don Juan, viendo el poco efecto de la artillería batiendo á Galera, y que en darla asaltos se habia perdido el tiempo, y causado la muerte de muchos capitanes y soldados, acordó tornarla á minar por dos puntos, considerando que seria el medio mejor y mas cierto de entrar en el lugar, sin que la gente de su campo pasara por un daño y peligros tan notorios como hasta allí habia pasado. Así se puso luego por obra la apertura de las dos ocultas minas; pero no pudo hacerse con tanto secreto que dejaran de advertirlo los moros de Galera. Amedrentados estos, tuvieron al instante consejo de guerra sobre lo que deberían hacer para su remedio; y estando juntos los capitanes mas famosos con otros soldados, naturales y forasteros, un capitán turco de aquellos que habian ido con el Maleh propuso lo siguiente, como hombre experimentado y de buen juicio en los asuntos de mayor gravedad.

«Muy bien tenéis entendido, valerosos capitanes y fuertes soldados, el apuro en que ahora estamos todos, y que es muy grande, porque al mejor tiempo de nuestra defensa nos han faltado las municiones que para el caso son tan necesarias, así como sin ellas decae la esperanza de nuestro último remedio. Es verdad que estamos abastecidos de los demás artículos tocantes á nuestra subsistencia; pero como digo nos falta el mas precioso. Hasta ahora nos hemos sostenido valerosamente contra el adelantado de Murcia y sus banderas; mas de aquí adelante las habremos con el hermano del rey de España, que trae consigo gran poder. Y se puede colegir que su designio será no apartarse del sitio que nos tiene puesto, sin dejar primero arrasada nuestra fortaleza, y pasarnos á todos á cuchillo por la resistencia que le hemos hecho. Sobre faltarnos las municiones, sin las cuales son inútiles y de ningun efecto nuestras armas, hemos perdido mucha gente valerosa en los asaltos pasados; tenemos á nuestro cargo gran número de mujeres y niños, que seria muy doloroso verlos degollar delante de nuestros ojos, y no poderlos valer. Atento á esto, gente esforzada é ilustre, es mi parecer, salvo el vuestro, que pongamos la esperanza de nuestra felicidad ó destruicion en las manos de la fortuna, y que en una noche oscura y tenebrosa nos salgamos del pueblo que hasta ahora hemos sustentado, en esta forma: yo con mi gente tomaré á mi cargo la mitad de las mujeres y criaturas, y me saldré algo adelante por la parte del rio adonde están las famosas banderas de Murcia, que tanto daño nos tienen hecho por el valor singular de sus capitanes; y si la fortuna me fuere favorable, amparado de las tinieblas de la noche, me iré en derechura á Seron, donde seremos bien recibidos. Tome á su cargo la otra mitad de la gente uno de los capitanes mas valerosos de la tierra, salga un poco después que yo haya salido, y marche por la vía de Orce á toda priesa; tome de allí por la noche la vuelta á la boca de Orja, y pase á Purchena, donde está el esforzado Maleh. Si la fortuna nos es contraria y los enemigos nos sienten, claro está que darán en la una cuadrilla ó en la otra: en la que diere ayúdese ella, haciendo en su defensa lo que pudiere, y entre tanto se pondrá en salvo la otra cuadrilla. Es posible que quiera el santo Alá, por los ruegos de nuestro profeta Mahoma, que no seamos sentidos de los enemigos, infundiendo en sus ojos un pesado sueño, y en su vigilancia

descuido, con que todos nos podamos salvar. Este es mi parecer, y entiendo que sería saludable: ahora sobre lo que llevo propuesto, responda el que mas supiere y entendiere deste caso, y tómese el parecer mejor, de forma que á todos nos esté bien.»

Así habló el turco, muy confiado en su valor y en la fortuna, aunque es cierto que en esto no andaba acertado, pues por la parte que debía salir había tres capitanes de Murcia valerosísimos, con soldados de la mayor confianza, los cuales estaban tan alerta, que no hubiera pájaro, por sutil vuelo que tuviese, que no fuera sentido, y cavendo en sus manos dejase entre ellas sus ágiles plumas. Mas no tan solamente estaban por aquella parte los de Murcia, sino que un poco mas adelante las banderas de Lorca con capitanes de no menos valor, y soldados tan determinados y activos como los primeros; verdad es que los de Murcia estaban mas cerca del pueblo que los de Lorca y de otras partes; mas como todos eran de un mismo reino, estaban prontos á favorecerse los unos á los otros.

Volviendo ahora al caso, digo, que así como el capitán turco dió fin á su razonamiento, hubo sobre ello muchos y diversos pareceres entre los demás del consejo. Unos sostenían que el turco decía muy bien, y que su parecer era acertado y saludable para todos; otros sostenían que no, respecto á que no se podría salir bien con el intento, sino que todos se perderían; y así mas valdría pelear aguardando lo que ofreciese la fortuna, porque entre tanto podría su rey socorrerlos y verse libres de aquel apuro con menos peligro. Estando confiriendo sobre estas cosas, uno de los capitanes de tierra de Castilla, hombre de mucho valor y esfuerzo, habló con gravedad desta manera:

«Muy atento he estado, valeroso turco, á lo que propones, y á todo cuanto se ha argumentado después sobre tu dictámen; y me parece que no es justo hacer lo que con tu razon has intentado, porque está clara la contradicción á lo que dices de salir por la parte del río, y que tú serás el primero. Se arguye desde luego, que después que estés fuera con la gente que has nombrado, si acaso fueses sentido de las centinelas cristianas, y sus escuadrones te saliesen al encuentro, tú como hombre solo, y sin carga que te duela, te podrías descabullir y poner en salvo, desapareciendo al amparo de la sombra de la noche, y dejando á todos los demás en manos de los enemigos, que acabarían con su vida ó los sujetarían á un cautiverio perpetuo, puestos una vez en la condicion de no escapar ninguno; lo mismo sucedería á la otra escuadra que hubiera de seguir á la tuya, como propones. Y así á tí y á todos los demás que estais presentes digo, que mas acertado es pelear, porque el lugar en que estamos, aun casi sin defensa, es muy dificultoso de ganar, y lo será mucho mas estando tan bien defendido; esto hace mucho en nuestro favor; y ya que nos hemos puesto en un caso como este, no conviene desistir dél, ni retroceder un solo punto de lo comenzado, sino que luego se dé aviso á nuestro rey, informándole de nuestra situación, y suplicándole que de los treinta mil hombres que tiene en su campo nos envíe quince mil; pues cuando con este número no podamos conservar la tierra que estamos defendiendo, á lo menos podremos salir á la vista de nuestros enemigos, ó ponerles una esforzada resistencia, y tomar después seguro puerto, hasta que el santo Alá provea otra cosa. Este es mi parecer, que con bastante fundamento contradice al tuyo, y á cuantos le sostienen hablando en tu favor.»

Esto dijo el capitán morisco Estaracordio, dejando contentos á todos los demás jefes. Mas el turco lo desaprobó, como quien sabia en lo que había de parar aquel asedio; y por otra parte lleno de indignacion, porque el morisco había dicho que en saliendo fuera del pueblo, amparado de la noche se salvaría furtivamente, dejando su gente entregada á la venganza de los cristianos; replicó diciendo: «tú estás muy casado con tu parecer, sin tener espe-

riencia de los casos de la guerra, y me has dicho que sería capaz de huir y ponerme en salvo, amparado de la noche, lo cual no se ha ballado jamás posible de hacer en la nacion turquesca. Tú que tienes ese parecer lleno de sospecha, lo harías antes que otro alguno, pues como dice un refrán, *quien las sabe las tañe, y quien tiene las sospechas tiene las hechas*. Entre turcos no se cometen bajezas semejantes, y solo se hallan entre vosotros los moriscos, que sois móviles como el ligero viento, sin constancia ni firmeza en nada, traidores á Dios y á su rey, como se ha manifestado en muchas ocasiones, y ha sido la causa de que el Gran Señor no os haya enviado socorro para concluir la guerra. Si tú no te determinas á salir de la fortaleza, á pesar de tus enemigos, es por temor que los tienes, y porqué no sabes andar por otros lugares ni salir del tuyo, como el conejo que quiere ser preso y morir dentro de su madriguera. Yo con la vida satisfago mi honor: solo me pesa morir encerrado como cobarde, sin poder vengar mi muerte, no sabiendo quién me la dará.»

El capitán morisco de Castilla, muy enojado de que el turco hubiera dicho que él y todos los de su pais eran traidores y de poca fe y asiento, se levantó al punto, y echó mano á la espada para matar al turco, siguiéndole otros capitanes con el mismo intento. El turco puso mano á su alfanje con sobrado valor, y se fué contra todos ellos, á sazón en que á las voces que habían dado se juntaron muchos turcos y forasteros de los que el Maleh dejó en Galera; y como viesan que todos se levantaban contra el capitán de su nacion, tomaron las armas y se principiaron entre ellos una quimera sangrienta, de la cual no pudieron dejar de salir algunos heridos. Viendo los moros naturales de Galera que los turcos y forasteros se habían trabado en disputa con los moros de Castilla, de Benamanreal y Orce, procuraron apaciguarlos con la mayor diligencia, estorbando que se mataran entre si los mismos que habían venido á pelear contra los cristianos; y tanta gente se juntó para el caso, que al cabo, no sin mucha dificultad, se cortó aquel escándalo, y se apagó el gran fuego que se había encendido. Muchas mujeres concurrieron á este fin, especialmente la Zarzamodonia, á quien todos respetaban por su acreditado valor. Un turco quedó mal herido desta borrasca; y para apaciguar á todos los de su nacion se acordó que el turco se casara con una hermosa doncella mora natural de Galera, quedando deste modo hechas las paces, bien que con la prevencion de que los turcos apartados de los demás guardarían su cuartel, y los de Castilla el suyo, porque no se tornasen á enredar en alguna otra nueva disputa. Si durante esta revuelta los de nuestro campo, teniendo noticia della, acometieran, entrarán con gran facilidad en el pueblo y le ganaran. Tomás Perez no tuvo noticia deste alboroto; y así la relacion que acabo de hacer no es suya, sino de un morisco que se halló en él.

Volviendo ahora al diario del alférez Tomás Perez que teníamos comenzado, dice, que pasado el último asalto y principiadas á abrir las minas, en el domingo próximo llegaron al campo las piezas de artillería y municiones que se esperaban de Cartagena, y en seguida se acordó que las dos piezas reforzadas, un tercio de culebrina, y otras cuatro piezas de la fundición de don Juan Manrique de Lara, que no tenían otro nombre por ser invención suya, se plantaran en la loma que estaba á la mano derecha, juntamente con las demás que ya allí había; que otras cuatro piezas destas de don Juan se plantasen en la otra loma de la mano izquierda con las que de antes estaban en ella, para que además de batir al pueblo, aun no muy vivamente, y tirar á descubrir y limpiar las defensas, jugasen todas con la mayor furia el día en que el pueblo fuera asaltado, para estorbar que los moros salieran tan desvergonzadamente, como lo habían hecho antes, á defender su batería; este fué buen acuerdo.

Cerca del río, contra la parte que mira al gregal, en un

llanito que hay allí, por donde va á desembocar el rambizo desta banda, se plantaron otras cuatro piezas de las de don Juan Manrique, que batían las casas y la muralla, con el fin de causar estorbo á los enemigos, haciendo muestra de acometerlos por allí el día del asalto, y divertirlos de las otras baterías con el cuidado de guardar esta tan bien como las demás.

El lunes 30, entre las once y doce del día, se vino á los nuestros por la batería de popa un muchacho de unos doce á trece años, muy ladino en la lengua castellana y bien hablado, que había ido á llevar la comida á los centinelas de aquella parte, los cuales mientras comían, le encargaron que hiciese la guardia; pero el muchacho, viendo la comodidad que se le ofrecía para su intento, haciendo señas á los soldados que estaban en las trincheras para que no le tirasen, se arrojó por la batería abajo, y de allí fué con prontitud recogido por los mismos soldados, á fin de que no fuese muerto por los enemigos, que tocando arma al instante le comenzaron á escopetear. El muchacho fué llevado á la presencia del señor don Juan, quien preguntándole de dónde era, supo que había nacido en la villa de Orce, y venido allí con otros vecinos al principio del levantamiento, los cuales estaban en el pueblo haciendo armas contra los cristianos todas las veces que se ofrecía.

Siéndole preguntado por las demás cosas de Galera, fué refiriendo el muchacho la desazon que hubo entre los forasteros y los naturales, acerca de dejar aquella fortaleza, y cómo si aquel día fuera Galera asaltada por los cristianos, la entrarán con mucha facilidad, que los moros estaban muy atemorizados de la obra de las minas que habían sentido muy bien, y procuraron contraminar; pero que dejaron de hacerlo, por no tener instrumentos y las herramientas necesarias para ello, ni artífice que lo pudiera entender bien. Preguntado sobre si los moros tenían bastimentos, dijo que los que se pudieran gastar en dos años, y que el agua jamás podría faltarles, pero que lo que mas necesitaban eran municiones de pólvora y plomo; lo cual estaban aguardando, y ya no podría tardar juntamente con el socorro de Avenabó. De todas estas cosas fué dando muy buena cuenta el morillo, al cual llevaron luego á Huéscar con cédula de libertad por haberse venido á los cristianos; y este, que vive hoy día en Hellín, ha servido para tomar muy buenas noticias de lo que allí pasó.

Viendo los moros que el muchacho se había salido del fuerte, y maravillados de que no se hubiese hecho pedazos al tiempo de arrojarse de la batería abajo, suponiendo que descubriría y contaría todo cuanto había pasado en el fuerte, dando razon de la parte mas flaca y que necesitara de reparos, ordenaron hacerlos inmediatamente, poniendo defensas por aquellas partes que estaban amenazadas por las nuevas piezas de batir que los nuestros habían plantado; y además desto en aquella misma noche, por una mina que salía al río, despacharon á cuatro ó seis moros para ir á Purchena y traer pólvora y plomo. Como la noche era oscura, no fueron sentidos de los centinelas cristianos, y así fueron y volvieron con brevedad; algunos quieren decir que les proveyeron de lo necesario los moros de Huéscar. De los que salieron fué á la vuelta cogido uno que traía pólvora y plomo, y los demás entraron en el fuerte por la mina susodicha, tan oculta para los cristianos, que della no se supo hasta después de ganado el pueblo, porque el moro que se cogió jamás quiso descubrir su secreto, aunque fué atormentado.

En estos días de sábado y domingo salió don Juan Enriquez de Baza, hermano de don Enrique, señor de Galera y Orce, en compañía de mucha gente de guerra, y habiendo entrado por la boca del río Almanzora en un lugar llamado Urraca, fué desbaratado y obligado á retirarse con grande menoscabo de la tropa que llevaba. En este mismo día salieron del castillo de Oria ciento y cincuenta

soldados y catorce caballos, dieron en el lugar de Cantoria, y sacaron de allí por fuerza de armas mucho ganado vacuno y cabrio, durando la pelea desde la mañana hasta la noche, en que los cristianos se recogieron á Oria con la presa, aunque el Maleh vino al socorro de los moros de Cantoria.

En los mismos días salieron de Lorca seiscientos hombres y setenta caballos con alguna gente de Almazarron, y dieron también en Cantoria donde estaba ya el Maleh. Pelearon todo el día del lunes, y mataron á muchos moros sin que de los cristianos faltase un hombre; solo perdieron un caballo del capitán Juan Felices Duque, por su culpa; pues apeándose á cortar la cabeza á un moro, se le hirió el caballo, y se fué á los contrarios. Sin este mataron á otros cinco, porque un moro viejo, armado de un gorguz peleando en la campaña, se metió detrás de un grueso lentisco, y así como pasaba algun caballo le daba un gorguzazo; vióle empero un caballero de Lorca y le alanceó. Al fin fueron cargando tantos moros sobre los cristianos, que les convino á estos retirarse, yéndoles siguiendo sus enemigos mas de tres leguas por el río de Almanzora abajo hasta llegar á un lugar llamado Zargena, junto á Vera, de donde los moros no osaron pasar por miedo del socorro que desta última villa podía venir á los cristianos; y así tornaron á Cantoria, dejando mas de doscientos de los suyos muertos de arcabuzazos. Los de Lorca se volvieron á la ciudad, alcanzada esta victoria en el día de San Millán; por lo cual se celebra allí fiesta todavía. Iba por general desta gente el doctor Huerta y Sarmiento, hombre de gran valor, y alcalde mayor de Lorca en aquella sazón; este mismo fué quien después de la guerra sacó á los moriscos del marquesado de los Vélez y de otros lugares.

En dichos días domingo y lunes entraron en las Alpujarras doscientos soldados valencianos, buenos tiradores, y entre dos lugares llamados Murtas y Turon fueron muertos todos por los moros, que les tomaron las armas y les hicieron muy al caso para la continuacion de la guerra. Dejando ahora estas entradas parciales, que no se contienen en la relacion de Tomás Perez, porque, ó no tuvo noticia dellas, ó no le hacían al caso, para acabar con la posible brevedad la historia del sitio de Galera volveremos á tomar el hilo de la susodicha relacion.

De allí á dos días que salió el muchacho del fuerte de Galera, y dió cuenta de lo que él pudo alcanzar, sobre lo que pasaba allí dentro entre la gente de guerra, estando la noche oscura, los centinelas de á caballo puestos acia la parte de Seron y á la otra orilla del río, tomaron á un moro, manco de unos veinte y dos años, que se había salido por la mina secreta que acia aquella parte tenían los moros, y por donde les entraba agua para sus menesteres. Al principio no pudieron ver al moro, ni sentir sus pasos, de modo que ya llevaba andada una milla cuando los centinelas le descubrieron y prendieron, sin que pudiera ponerse en salvo; le llevaron á la tienda de su Alteza, y habiéndole preguntado de dónde era, dijo que de Castilla, y que había estado en Galera desde el principio de su levantamiento. Preguntándole por qué se había salido del fuerte, contestó que iba con diligencia en busca de Avenabó para que les acudiese con socorro; y habiéndole pedido noticia de las cosas de Galera, y sobre el estado en que se hallaba la gente que la defendía, refirió sustancialmente lo mismo que el muchacho había dicho, aunque mas por estenso, diciendo que los moros andaban confusos y llenos de miedo, desde que sintieron la obra de las nuevas minas, porque esto era lo que les causaba mas espanto; y así mediaba entre ellos mucha disparidad de pareceres, queriendo los cuatrocientos forasteros que había dentro del lugar, que salieran de allí todas una noche, pues era ya imposible defenderle de tantas baterías como se habían plantado, y mucho mas volviendo á minarlos de

nuevo; que cuando no los combatieran con otras armas que las minas, los soterrarían y se hundirían con ellas; que aquel campo no era como el que poco antes había traído sobre ellos el marqués de Vélez, sino que en este estaba un hermano del rey de España con todo su poder, y no se apartaría de allí hasta allanar la tierra y arrasarla, pasando á cuchillo á cuantos allí morasen, sin perdonar a ninguno; porque además de ser aquel lugar el primero que en todo el reino se había levantado y puesto en defensa, estaría su Alteza muy enojado y ofendido por la muerte de tantos y tan buenos soldados, y por las palabras descomedidas que cada día pronunciaban á gritos desde la muralla contra él, las cuales no le habrían menos indignado; que además desto no tenían armas para defenderse y con que ofender á los cristianos, siendo ya muy escasas las municiones que les quedaban para las escopetas que había; por manera que cuando estas cosas necesarias les venían á faltar, sucedía todo lo contrario á los cristianos, que estando en su propia tierra la recibían cada día de refresco; que de porfiar en defenderse no sacarían utilidad ni provecho alguno, sino ponerse en la necesidad de quedar allí todos muertos y hechos pedazos, pereciendo como bestias ó gente sin razón; y que tanto cuanto mas se dilatase la salida, menos comodidad habría para ello, porque los cristianos iban ciñéndolos y apretándolos mas con trincheras á cada momento; que en la actualidad hallándose todos embebidos en la construcción de las minas, muy descuidados, y sin aviso de lo que se trataba, era el tiempo mas oportuno de hacer la salida; y que en una noche, pues entonces eran largas, amparados de la oscuridad, dándose buena maña y diligencia, podrían caminar cuatro ó cinco leguas, y ponerse en salvo; fuera de que podría ser les ayudase la gente de su rey Avenabó, y les favoreciera la naturaleza del terreno por ser áspero y lleno de quiebras; en fin, que las mujeres y gente inútil se podrían echar adelante, quedando detrás los varones y gente mas robusta para hacer frente á los cristianos. Dijo todavía mas este moro: que el capitán llamado Alacre Ozmin, natural de Galera, había respondido al forastero que propuso lo que va dicho, que todas aquellas razones eran aparentes, ataviadas de una buena composición de palabras y faltas de fundamento, porque no era propio de hombres y soldados valientes, de que tanto se habían jactado, hacer aquella locura que él aconsejaba, y que solo merecería la aprobación de los cobardes, medrosos y enemigos del trabajo que allí se les presentaba; que aun cuando lo que decía viniese á suceder, aunque cosa imposible, como lo pintaba de palabra, ninguna honra se ganaría desamparando la fortaleza que por su rey estaban obligados á guardar y defender hasta la muerte; de la resolución de rendirla y desampararla, que jamás se había visto tomasen los soldados de honra y provecho, sino los mas infames, viles y pusilánimes, faltos de toda virtud y perseverancia, siempre se procuraba cohonestar con la estrechez á que hubieran llegado los cercados, faltándoles ya todas las cosas mas necesarias, como las del comer y beber; pero que aun cuando esto sucedía, los soldados valerosos probaban antes todos los remedios humanos que se podían hallar, comiendo animales inmundos, como perros, gatos, asnos, ratones, y hasta los cueros de las rodelas, zurriones y adargas, cocidos, segun se había visto muchas veces; mas ellos no habían llegado á tal extremo, porque tenían trigo, cebada, harina, habas, garbanzos, uvas, granadas, higos, pasas, carne salada para muchos días, y abundancia de agua que no les podría faltar; que en lo que hablaba de escasear las municiones, este era el menor inconveniente de todos, porque aunque fuera mejor tener mucha copia de ellas, con las que había podían muy bien defenderse y ofender á los cristianos, mayormente teniendo lanzas, picas, arcs, ballestas y piedras, que todas eran armas principales, y en particular la pie-

dra, pues en ella consistía la mayor defensa del lugar, como por experiencia se había visto en los asaltos pasados; que además desto tenían una situación fortísima, en la cual, defendiéndose como varones esforzados, podían esperar el socorro que su rey les había prometido; siendo este un remedio mucho mas preferible que no el que se proponía de echar adelante la gente inútil de niños y mujeres, y que quedasen detrás los hombres robustos, peleando con los enemigos y defendiéndolos; porque aun cuando esto se pudiera hacer con la facilidad que se decía, era imposible salir bien de aquel trance, teniendo los cristianos mucha gente alerta y tanta caballería, la cual en sintiéndolos y viéndolos salir fuera, los rodearían y ceñirían por todas partes, sin darles lugar ni reposo hasta hacerlos pedazos á todos; que si alguno llegara á escaparse sería el que encontrase una mata en donde esconderse, y aun no se sabe si podría estar allí mucho tiempo sin que le descubrieran, porque los cristianos son tan aficionados á la presa enemiga, que todo lo buscan y escudriñan, especialmente donde van mujeres, en quienes todos tienen puestos los ojos por la ganancia que dellas se esperan, y por las joyas que suelen siempre llevar consigo; que suponiendo fuese de noche la salida, Dios sabe el que pelearía é hiciera su deber, porque aun de día claro, cuando todos tenían abiertos los ojos para mirar la virtud de unos y los méritos de otros, cuantas veces había peleado con los cristianos durante aquel sitio, no había dejado de notarse bastante flojedad en algunos, aunque generalmente todos habían hecho lo que podían. Por tanto les rogaba que dejasen aquella vana novedad y nueva industria, que lejos de provecho, tan solamente les prometía mucho perjuicio; que pusiesen toda la esperanza de su libertad en hacer cada uno bien su deber y menear bien las manos, no en la infame fuga que tenían pensada; que nadie hablase de desamparar la tierra ni rendirla, porque el que tratara dello sería castigado como merecía; pues defendiéndola ella misma, les serviría de escudo para salvarse y vencer á los cristianos, ó de sepultura siendo vencidos y muriendo como varones. Añadió el moro, que los cuatrocientos forasteros, insistiendo en su propósito de salirse fuera del lugar, disputaron mucho con Ozmin y los demás del país, habiendo el caso llegado á términos de querer batirse unos con otros; y que, aunque por entonces el altercado estuviera concluido, andaban todos desabridos y mal contentos unos de otros, teniéndose entendido que el mayor número se inclinaba á la fuga, por el gran miedo que habían cobrado á las minas.

Preguntósele también al moro si los de Galera hacían contraminas ó algunos reparos contra los que los minaban, y respondió que no, porque no habían atinado á hacerlo; y así era á la verdad, pues como gente bárbara, sin práctica ni prudencia, nunca se pertrecharon de lo necesario para defenderse, como lo hubiera hecho otra gente mas esperta, y sirviera de no poca utilidad para detener allí al ejército muchos mas días de los que estuvo acampado; mediante lo cual, y por la inclemencia de la estación, el sitio hubiera tenido diferente éxito.

La relacion deste moro, siendo conforme á la que el muchacho había dado antes, circuló por todo el campo con no poco regocijo, porque de los asaltos pasados quedaron los soldados tan tibios y descontentos, que se echaba bien de ver la desconfianza que tenían de ganar la fortaleza; pues además de parecerles que los enemigos se defendían esforzadamente y trabajarían en la espugación, habían concebido un temor vano, procedente del rumor que algunos esparcieron torpemente, diciendo que las calles de Galera estaban todas minadas y atrincheradas con reparos fuertísimos; de suerte que después que se la hubiese entrado habría mayor peligro que en el asalto, porque, viendo los enemigos que no podían sustentar los reparos hechos, irían dejándolos poco á poco para retirarse.

á otros, y volando finalmente sus minas, dejarían enterrados á todos cuantos estuviesen peleando. Todo ello era presunción y mera vanidad, como se demostró después; porque á los moros ni les pasó tal designio por el pensamiento, ni tuvieron ingenio para hacer minas, contraminas, traveses, defensas, ó cualquier otro de los reparos que emprende la gente práctica en la guerra. Enterado de todo lo susodicho el señor don Juan, y del intento que tenían los moros de salirse fuera, con el deseo de estorbarles la fuga en cualquier evento, mandó que reforzasen las guardias de las trincheras, y que por la parte del rio se metiesen seis compañías mas de las que había, por la presunción de que por allí procurarían su salida, segun lo que había dicho el muchacho de ser la mas cómoda que tenían para el caso. Mandó también el señor don Juan, que por aquella llanura anduviese una buena partida de caballería, y fijó un cuerpo de guardia, estando siempre listo y sobre las armas para acudir adonde fuese menester; otros se pusieron por otras partes con las mismas prevenciones de cuidado y vigilancia.

En este día por la noche mandó su Alteza que don García Manrique, cabo de la caballería, saliera con doscientos caballos, tomando la vuelta de Seron y el valle de Purchena, distante de allí unas seis leguas acia el mediodía, para tomar lengua del designio que tenía el enemigo por allá, y descubrir si á los cercados les venía algun socorro; pero al ponerse el sol del martes siguiente se volvió sin traer noticia ninguna, porque, siendo descubierto, tocaron al arma en todos los lugares de aquella parte, y se pusieron en defensa, recogiendo su gente y sus ganados.

A eso de las diez de la noche del mismo martes se tocó al arma por las centinelas de las trincheras de las eras, porque hubo indicios de que los enemigos querían echarse fuera del pueblo por aquella parte. Todo el campo distribuido en tres escuadrones aguardó el caso hasta mas de las doce; pero habiéndose reconocido que no había novedad, cesó la inquietud, y la tropa se restituyó á sus alojamientos. Súpose después que en efecto los del pueblo habían intentado salir, y como vieron que los habían sentido, dejaron de hacerlo.

A la misma hora de la noche del miércoles siguiente, día 1.º de febrero, hubo un suceso muy semejante al de la pasada; pero el jueves por la mañana los centinelas de á caballo trajeron presos á dos de cuatro moros, que habían salido del pueblo la noche anterior cuando se tocó al arma. Examinados estos, refirieron sustancialmente lo mismo que habían dicho antes el muchacho y el otro moro; pero asegurando además, que en aquella noche ó la siguiente á mas tardar saldrían los que estaban dentro del pueblo, porque así lo tenían tratado.

En estos días se continuaba la obra de las minas, y los moros iban reparando el daño que les hicieron las pasadas, y el que les hacia diariamente la artillería, aunque este era poco, como antes se ha dicho; pero el jueves á las once de la noche se arrojaron por la batería de la popa hasta cincuenta moros, y cerraron con la gente que trabajaba en las minas, disparando algunos arcabuzos y tirando multitud de piedras con tanto denuedo y agilidad, que antes de dar tiempo á los nuestros para tomar las armas y ponerse en defensa, llegaron á las bocas de las mismas minas. Francisco de Molina, á cuyo cargo estaba la construcción dellas, luego que sintió el ruido y la gritería que por la mina adentro iban metiendo algunos gastadores que huían de las pedradas y arcabuzos de los moros, puso mano á la espada, por no tener allí otras armas, y envolviendo el brazo en la capa, salió á reconocer lo que era. Llegó pues á la boca de la mina, y halló que los moros entraban ya por ella; y acometiéndolos á cuchilladas logró echarlos fuera. Como era tan grande la vocería de unos y otros, luego se tocó arma en las trincheras, y acudió toda la gente del campo que estaba en

ellas; lo cual visto por los enemigos tocaron á recogerse, muy contentos de lo que habían hecho, aunque no salieron con su intento: hirieron á cuatro soldados, y dejaron á Francisco de Molina muy lastimado de las pedradas.

Por orden del señor don Juan salieron el viernes algunos de á caballo, tomando la vuelta de Seron con el mismo fin que la vez pasada; pero todo lo que hicieron se redujo á que los de vanguardia, habiendo encontrado tres ó cuatro moros con sus bagajes, que iban acia Cullar, dejaron escaparse á dos con las cargas, porque estaba muy oscura la noche, y á los otros dos que quedaron los alancearon, por no haber querido rendirse ni darse presos.

La fagina de nuestras trincheras era toda de atocha, por no haber en todo aquel territorio otra cosa de que hacerse, y porque pareció que era suficiente para el reparo de la tropa, pues los enemigos no tenían artillería con que ofenderla; y considerando los moros que estando tan cerca las trincheras, pues la de la popa especialmente la tenían á menos de veinte y cinco pasos de distancia, les sería fácil y poco arriesgado ponerlas fuego, concertaron hacerlo así en este día durante la noche. Aguardaron á que dieran las doce, y bajando por esta batería dos solos á la sorda con alpargates bañados de aceite, y con muchos cabos de cuerda, breados de resina y pez encendidos, llegaron sin que los sintiesen á las trincheras, y las prendieron fuego; con lo cual ardió al instante levantando grande llamarada, porque el atocha que estaba muy seca se arrebató facilísimamente. Los cristianos, luego que vieron andar por sus trincheras al furioso Vulcano, tocaron arma, y en seguida todos los soldados que estaban en ellas de guardia acudieron á apagarle, aunque no se pudo hacer con tanta prontitud y facilidad que dejara de quemarse mucha parte. Los moros que bajaron á poner el fuego se retiraron á su puesto, y desde la muralla hirieron á algunos soldados de los que andaban por allí, aunque pocos.

El sábado por la mañana los centinelas de á caballo trajeron á un moro que habían cogido cerca del campo, el cual iba á meterse en el lugar, cargado de pólvora, plomo y cuerda; y puesto á la prueba de tormento confesó, que él y otros seis compañeros habían salido á buscar municiones para la arcabuceria, y que todos venían determinados á introducirlas en el pueblo, porque hacían mucha falta, y al mismo tiempo decir á los sitiados que se mantuviesen firmes y se defendieran con buen ánimo, que pronto les vendría socorro.

Al siguiente día, domingo, los mismos centinelas de caballería prendieron á otro de los seis susodichos, el cual dió su declaración muy conforme con la del primero. Se ha querido decir que estos moros eran enviados por el Habaquí, general del campo de Avenabó, á cuyo cargo estaban el rio de Almería, Filabrés, Almanzora, Genete, Guadix, Seron y otros lugares de las Alpujarras.

El lunes, día 6 de febrero, por la noche, se acabaron de cerrar las minas, sin ocurrir especial novedad durante los tres días anteriores, sino el que cada noche se tocaba á arma, con lo cual se desvelaba á su Alteza y se tenía en pie gran parte dellas á los tercios divididos en escuadrones. Se presumió con fundamento que el sábado y domingo habían estado los moros muy determinados á salirse del pueblo, y que no lo hicieron por haber sentido los toques de arma que se daban en el campo; su fuga era imposible, porque no había paso que no estuviese tomado, y así acertaron en mantenerse quietos. En este día el señor don Juan envió una banda de caballería acia Purchena, para obtener noticia de los enemigos, recelando el socorro que aguardaban los sitiados, porque ya estaba acordado que el día siguiente se diese el asalto á la población. Esta banda de caballería no produjo efecto, y se volvió al campo el martes cuando ya estaba dado el asalto y tomado el lugar.

Teniendo entendido el señor don Juan que estaban ya